

El 31 de julio de 1987 murió en Barcelona Germán Rodríguez Arias, un buen y subestimado arquitecto. Menospreciado, quizá, porque no daba la imagen del «arquitecto triunfador». Era amable y cordial; lo que decía, sabroso y comprensible; dispuesto a hablar de cualquier tema antes que de él mismo y de su obra; no era envidioso ni demostraba deseos de medrar.

Rodríguez Arias era sencillamente un buen arquitecto, que hacía arquitectura de verdad: la que se hace para ser vivida más que para ser publicada, destinada a sus usuarios más que a los arquitectos, la que se justifica por sí misma.

Al inicio de su trayectoria fue miembro del GATCPAC, y de este periodo son sus obras más conocidas: las casas de la Vía Augusta y de la calle París, en Barcelona, los proyectos realizados y firmados colectivamente por el Grupo, y los artículos de la revista «A.C.».

Después vino el exilio. Méjico primero, y más tarde, el definitivo, Chile. De esta época es la casa en la Isla Negra para el poeta Pablo Neruda, una obra de difícil clasificación en la cual la frontera entre cliente y arquitecto desaparece.

Cuando regresa al país —los antecedentes políticos todavía importan— se instala en la isla de Ibiza donde comienza un casi forzado retiro. Su primera obra —cuyos planos, lle-

nos de nostalgia, había comenzado en el exilio— será su propia casa, en Portinatx. Una casa diáfana, de espacios-volúmenes articulados en torno a un «aire» central abierto al paisaje, un tema tradicional ibicenco tratado de una manera totalmente nueva. Una arquitectura adaptada al lugar, dispuesta de un modo sabio en relación con los árboles, con el sol y con los vientos. Una arquitectura adulta que, entroncada en la tradición, propone un lenguaje nuevo, que se hace más densa en contenidos sin renunciar a ninguno de los postulados racionalistas del primer periodo.

Pero nosotros, los estudiantes de Barcelona que peregrinábamos a Ibiza, queríamos las cosas más claras, deseábamos aquella arquitectura combativa de preguerra que fue expulsada, pedíamos una arquitectura emblemáticamente moderna. Así, la bóveda catalana del salón, que aparece en el proyecto para resolver un problema de transporte de viguetas, da precisamente la talla del arquitecto que saca provecho de las dificultades; pero nos ponía nerviosos porque no se ajustaba a nuestra concepción de la arquitectura. Sin embargo, aquella arquitectura, la que después se ha llamado de la Segunda Generación, ya existía en la isla (y naturalmente en otros lugares), mas nosotros preferíamos ir a buscarla a los países nórdicos. La paradoja era que, en nombre de una arquitectura más anclada en

On July 31 1987 German Rodríguez Arias, a fine yet undervalued architect, died in Barcelona. He was undervalued, perhaps, because he never gave the impression of being a «triumphant architect». On the contrary, he was pleasant and cordial, what he said was meaningful and understandable, he was always eager to talk about anything unconnected with himself and his work, and he was free from envy and the desire to climb the social ladder.

Rodríguez Arias was simply a good architect who created genuine architecture: to be lived in rather than published, dedicated to its users rather than to other architects, and with no justification other than its own intrinsic merit.

He belonged to the GATCPAC, and his best known works come from that period: the houses in *Via Augusta* and *Carrer París*, projects drawn up and signed collectively by the group, and the articles in the journal «AC».

Later came exile: first in Mexico and then, finally, in Chile. His house for the poet Pablo Neruda on the *Isla Negra* dates from this period: a house difficult to classify where the boundary-line between architect and client becomes blurred.

When he returned to his own country —his former political beliefs still counted against him— he did so to the island of Ibiza, where he began a semi-enforced retirement. His first work there —the plans for which he had begun, full of nostalgia, in exile— was his own house in Portinatx: a house full of natural light with volume-spaces arranged around a central area that opens onto a corridor: a traditional Ibizan theme given a thoroughly new treatment. Architecture adapted to the site, arranged wisely with respect to trees, to the sun and to the winds. An adult architecture, linked to tradition yet supplying a new vocabulary, denser in content, without relinquishing any of the rational postulates of the first period.

We, however, the students from Barcelona who made the pilgrimage to Ibiza, wanted things to be clearer; we wanted the combative architecture of the pre-war period that had been proscribed; we demanded an architecture that would be the emblem of modernity. Thus, the Catalan vault in the living room, which was featured in the project to solve a problem of beam load, shows the stature of this architect who found profit in adversity. We, however, were disturbed by this since it did not fit into the posture we had adopted.

Nevertheless that architecture which was later called architecture of the Second

Generation already existed on the island (and elsewhere, naturally), yet we preferred to go in search of it to the Scandinavian countries. The paradox lay in the fact that we, in the name of an architecture already deeply rooted in our own country, went in search of its origins in Finland or Venice.

However easy it may now be to find the reasons why things have become as they are, it never ceases to amaze me how fine the dividing line is between becoming a master architect or an accursed one.

Germán was also a good friend of my father's —Sixte Illescas— and of Josep-Lluís Sert's. All three still felt as if they were «fellow students» and, despite their many clear differences and circumstances, felt profound esteem for one another. Of the three, Germán was the most charming: he was the one who made fun of my father's bitter humour and of Sert's somewhat stiff conduct. A generous friend, he was the only person whom Josep-Lluís Sert—who so jealously kept control of his own projects— would accept as a collaborator. Some of the best ideas for his works on Ibiza originated in suggestions by that friend who who appreciated details, who got such joy out of materials and of the colour of the earth, who was always awake to the opportunities afforded by the construction process, and always prompt to make them work for the good of the project.

When I remember how he transmitted his enthusiasm to me —common sense therapy— I deplore the fact that I did not exploit him better as a master. We should all regret not having given him the recognition he so deserved though I accept that possibly my vision is somewhat distorted by the love I felt for him. Be that as it may, I do not know how much more a man can want than to live in the memory of others, and how much more an architect (a genuine architect) can ask for than to permit others to live the light of which he once dreamed.

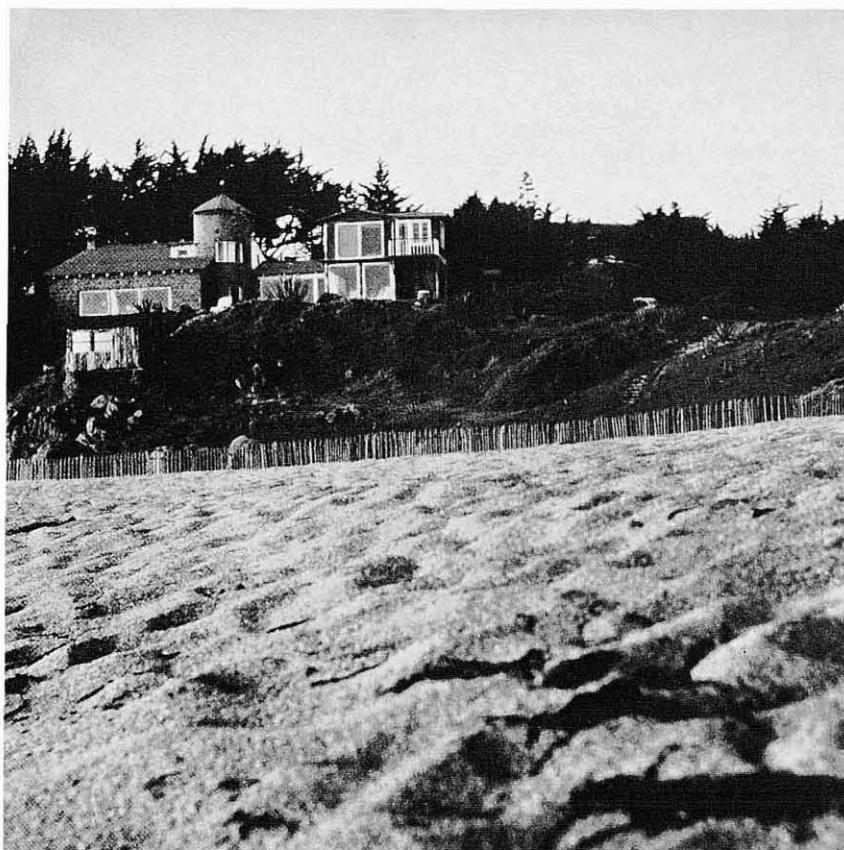
el país, buscábamos las fuentes en Finlandia o en el Véneto.

Por más que ahora sea fácil encontrar las razones del porqué las cosas han sucedido así, siempre me ha sorprendido la ligera diferencia que existe entre llegar a ser un maestro o un arquitecto maldito.

Germán era también un buen amigo de mi padre —Sixte Illescas— y de Josep-Lluís Sert. Los tres se sentían todavía «compañeros de carrera» y, por encima de evidentes diferencias y circunstancias, se apreciaban profundamente. De los tres, Germán era el más encantador, hacía burla del humor agrio de mi padre y del comportamiento un poco engreído de Sert. Amigo generoso, era la única persona a la que Josep-Lluís Sert —siempre tan celoso del control de sus proyectos— dejaba intervenir. Algunos de los mejores ha-

llazgos de sus obras de Ibiza se deben a las sugerencias de aquel amigo que apreciaba los detalles, que disfrutaba con los materiales y con el color de la tierra del lugar, siempre atento a las oportunidades que surgían durante el proceso constructivo, y dispuesto a aprovecharlas en favor del proyecto.

Cuando recuerdo cómo me contagiaba su entusiasmo —terapia de sentido común—, lamentando no haber aprovechado mejor sus enseñanzas, todos deberíamos lamentar el no haberle dispensado el reconocimiento que merecía. Tal vez no esté siendo justo y me dejo llevar por mi estimación hacia él. Sea lo que fuere, no sé que más puede desear un hombre que vivir en el recuerdo de los otros, y que más puede pedir un arquitecto que hacer vivir a los otros la luz que una vez soñó.



Casa en la «Isla Negra», para Pablo Neruda.
Pablo Neruda's house, on «Isla Negra».